

ESPIRITULIDAD APOSTÓLICA MARISTA

I. HACER LA EXPERIENCIA FUNDANTE (P. Libanio, sj)

1. La vida religiosa y la “experiencia fundante”

Hay una vocación a la Vida Religiosa que nace en primera instancia de una profunda experiencia espiritual, diríamos mística, de que Dios es el Absoluto y de que todo nuestro ser tiene su referencia última a Él. No se trata de un conocimiento teórico de esa realidad, que pertenece al abecé de la teología. Es vivencia, experiencia. Primero se da esa atracción profunda, radical, casi irresistible hacia Dios.

Hay una totalidad afectiva en relación a Dios. Él llena plenamente nuestra afectividad. Aún en la duda, en la oscuridad de la fe, se percibe una certeza inefable, indefinible: Dios es todo. Esta experiencia está en el origen de la vocación a la Vida Religiosa. Impulsa a la persona a entrar en ella.

Experiencia de paz, de alegría creciente. En esa exuberancia mística, la Vida Religiosa encuentra sentido; de allí brota la fuerza para vivir la vida alegremente. Es fuente de dinamismo. Se hace presente donde uno esté. No está necesariamente ligada a una misión, a una tarea, a un lugar, a una ocupación, como tales. Esta realidad en el fondo es don de Dios, que puede y debe ser cultivado por la oración, la contemplación y la vida interior.

Experiencia “fundante”, a la que se recurre a través de todas las crisis, dudas y angustias. Piedra fundamental, inamovible. En las infidelidades, desánimos, desvíos, ella es siempre un llamado a la conversión, al fervor primero al retorno.

En las crisis afectivas es la fuerza de la superación. En la soledad del corazón es la tranquilidad profunda de la experiencia de amar (a Dios) y de ser amado (por Él).

Experiencia termómetro de nuestro caminar en la Vida Religiosa. No se mide por la eficacia de las actividades, por los éxitos, por el desarrollo de los propios talentos o por el uso más racional y eficiente de los mismos. Es algo que ilumina y anima cualquier situación. Tiene agua abundante para regar cualquier desierto.

Experiencia que está en el origen del carisma de los fundadores, al menos en el nivel personal del fundador. Puede ser que sea poco captada, identificándose con la Congregación o con la obra predilecta del fundador. Pero la obra es consecuencia de tal experiencia, nunca su causa, ni su sustituto. Es posible que en la fundación de una Congregación no se tenga en cuenta y se mire más a la necesidad apostólica. Entonces es la mediación concreta de la experiencia “fundante”.

Las tareas, las misiones, las ocupaciones, la entrega a los demás brotan de esa experiencia. Ella las alimenta constantemente. No se identifica con ninguna de esas mediaciones, de modo que nunca se llegará al impase de tener que abandonar la Vida Religiosa, porque alguien no se siente valorado en sus talentos o piense que pueda ser más eficiente “apostólicamente” en otra parte.

Es esa experiencia la que explica la actitud de un Pedro Canisio –gran teólogo de la época tridentina– dispuesto a ser cocinero o portero de algún Colegio de la Compañía de Jesús. O de un Teilhard escribiendo sin ver sus publicaciones. Explica cómo hombres en plena actividad apostólica, arrancados por orden de sus Superiores, se refugiaban en el silencio del exilio o de un trabajo escondido. Permanecen firmes, tranquilos en esa actividad. No se preguntan si saliendo podrían continuar con el mismo éxito el trabajo hasta entonces realizado.

Entre éstos encontramos profesores, investigadores, a quienes se les prohibió escribir, enseñar y asumieron en paz, no sin lucha, ese nuevo silencio. ¿Por qué? ¡ “Sólo Dios basta!”.

Es una experiencia gratuita, que debe ser cultivada y ayudada por las estructuras de la Vida Religiosa. Y si miramos el comienzo de la Vida Religiosa, veremos que ella nació para alimentar tal experiencia. La “fuga del mundo” de los eremitas es una búsqueda de Dios en la soledad. Los cenobitas crearon comunidades en las que todos se ayudaban a vivir la primacía incontestable del absoluto de Dios. La pobreza, como despojo y desprendimiento, creaba condiciones para tal entrega. La obediencia al “padre espiritual” se hacía en vista a la educación para tal vida de entrega a Dios. Era la obediencia “pedagógica”: aprender de quien trilló o recorrió los caminos de la intimidad de Dios antes que el novicio inexperto; tener siempre alguien con quien se pueda confrontar la autenticidad y la verdad del camino de la vida espiritual. Por vida espiritual se entiende sobre todo esa relación personal, íntima, con Dios. Expresión de la experiencia-base.

En ese contexto, se capta el sentido y la relevancia de la castidad. No era ejercicio de pura ascesis o represión, sino expresión de esa totalidad afectiva con relación a Dios. Castidad tranquila y feliz. Lo cual no significa que no haya lucha, ni que se dispense de la guarda del corazón y el control de los afectos.

No es esa vigilancia o control del corazón o de los afectos lo que la produce. Nace de la experiencia-base. Hay, por tanto, una prioridad existencial de la presencia de Dios con relación a los esfuerzos ascéticos. Hay una irrupción mística que se continúa en la disciplina. Por lo menos en forma embrionaria.

Por más lindo que sea el trabajo educativo, por más seductora que sea la experiencia de inserción, éstas no son la raíz de la Vida Religiosa. Tiene que ser el deseo de “escuchar a Dios” y vivir de Él en su interior. Dejarlo ocupar el espacio de la afectividad. De ahí brota todo lo demás.

Por esto, tal vez podemos decir que la experiencia básica de los fundadores de las Congregaciones Religiosas tiene un aspecto de generalidad. Los carismas se confunden en cierta forma, porque todos ellos arrancan de una misma experiencia “fundante” y quiere expresarla, aunque bajo formas diversas. Tales formas nunca son el carisma fundamental; lo es la experiencia evangélica de Jesús con relación al Padre, que se nos da a vivir por la presencia del Espíritu. Esta experiencia es anterior a las misiones que están en general unidas a ella.

K. Rahher, al tratar de la actitud de indiferencia que Ignacio pide a aquellos que quieren decidir su vocación, la define como un sentido agudo del Absoluto de Dios, de modo que todas las otras cosas –aún sagradas, actividades apostólicas– son relativas. Sólo Dios es Absoluto. Y a partir de la experiencia del Absoluto de Dios, se relativiza el resto. Esta es la experiencia de base de la Vida Religiosa.

La experiencia base es en el fondo gracia. Es expresión de la totalidad y exclusividad de Dios en nuestra vida. Santa Teresa lo expresó en estos sencillos y maravillosos versos:

“Nada te turbe,
nada te espante,
todo se pasa,
Dios no se muda,
la paciencia
todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene
nada le falta:
SÓLO DIOS BASTA”.

Por ser gracia, es también colaboración del hombre. Supone cultivo, porque el don de Dios hecho a un ser libre, racional, responsable, es dialogal. Sólo fructifica en el diálogo responsable. Para eso existen las estructuras de apoyo.

2. La Vida Religiosa y la experiencia ministerial

Hasta aquí tratamos del primer modelo de Vida Religiosa: La Vida Religiosa que nace de la experiencia-base del Absoluto del Amor de Dios a nosotros y que nos atrae a Él. La experiencia nos ha mostrado que otras personas entran y permanecen en La Vida Religiosa desde otra perspectiva. Veamos:

La fuente primera y fundamental de la Vida Religiosa es el servicio apostólico. Se entra a la Vida Religiosa porque se quiere cumplir en el interior de la Iglesia determinado ministerio, realizar un trabajo concreto: ser profesor, educador de la juventud, insertarse en medio de los pobres, ejercer funciones parroquiales, etc.

Lo fundamental de este modelo es la práctica pastoral. La Vida Religiosa, las exigencias del celibato, son vistas como estructuras de apoyo, ayudas para tal trabajo misionero. También la vida comunitaria nos ayuda a mantener viva la llama del entusiasmo en el servicio. Nos dispensa de muchas preocupaciones que impedirían una entrega más completa. El apoyo afectivo de los hermanos ejerce función de equilibrio emocional para mayor eficiencia apostólica.

En este modelo de Vida Religiosa también los votos son vistos en función de la misión. Dedicación, generosidad, actividad, disponibilidad para la acción, son virtudes que ocupan un primer plano. El perfeccionamiento de las cualidades humanas, la valorización de los talentos, la ocupación en función del mayor rendimiento, son elementos fundamentales en este modelo.

La virginidad consagrada también es interpretada en este horizonte de servicio. Se justifica como propiciadora de mayor disponibilidad de locomoción, de actividades, etc. Se cree que el matrimonio y la familia son impedimento para una entrega apostólica más radical y total. Se respeta la clásica fórmula: “el matrimonio es la sepultura del revolucionario”, pero en el sentido de que la virginidad permite mayor dispo-

nibilidad para la construcción del Reino. Se insiste en el carácter de construcción del Reino. Las estructuras de Vida Religiosa están pensadas con miras a proteger la opción apostólica

Y garantizar la perseverancia, la continuidad y eficiencia. En forma exagerada diríamos: la Vida Religiosa es una “empresa apostólica” y todo está pensado en función de ella y de las estructuras que se articulan con ella.

Problema al interior de este Modelo: Cuando, de hecho, las personas o los mismos grupos religiosos piensan en la Vida Religiosa a partir de la actividad apostólica como su última fuente, tienen crisis y problemas. Surgen verdaderos impases.

Este modelo encuentra solución definitiva cuando se integra con el anterior. Deja de ser, por tanto, un modelo rígido, autónomo. En otras palabras, las personas que entraron a la Vida Religiosa por razones apostólicas, descubren en el noviciado o a lo largo de la Vida Religiosa que hay una razón aún más profunda que les justifica la Vida Religiosa: su entrega radical a Dios. Es decir, partiendo de la experiencia apostólica se llega a la experiencia-base. Las actividades apostólicas adquieren aquella sabia relatividad a partir de la experiencia “fundante”. Tenemos entonces el primer modelo, donde se da la verdadera Vida Religiosa original.

Ese modelo puede también coyunturalmente funcionar bien hasta el fin de la vida y sostener grupos durante largo tiempo. Esto acontece cuando la actividad apostólica responde a las necesidades psíquicas, espirituales y humanas de los religiosos. La actividad se experimenta como realización afectiva. En un clima de tranquilidad afectiva, difícilmente surgen cuestionamientos y problemas. La persona camina serenamente hacia delante. Tal práctica pastoral, apostólica, es experimentada como servicio real a una situación de necesidad. Tal experiencia nutre y sustenta la afectividad. Compensa, en el ámbito de la afectividad, las otras experiencias, sobre todo en relación con el celibato. Se anota, como camino de integración de la afectividad, ese acontecimiento apostólico. Se trata de una especie de sublimación de los impulsos de la afectividad por medio de la acción. Y la vida Religiosa transcurre sin crisis, mientras las obras perduren como sentido apostólico. Por esto, se experimenta frecuentemente pavor, casi inconsciente, antes las críticas a las obras o ante tentativas de cambios o de cerrarlas.

Crisis:

El problema surge cuando esa actividad apostólica pierde su sentido en sí misma o deja de ser el sentido de la vida del religioso o de la religiosa. Inmediatamente se manifiesta en el ámbito de la afectividad. Tal situación puede desencadenarse de muchas maneras.

Alguien puede percibir, en determinado momento, que su actividad apostólica podría ser más eficiente fuera del marco de la Vida Religiosa. La experiencia nos ha mostrado que ciertos casados logran una vida de compromiso e inserción más radicales que los religiosos. Precisamente gracias a la ayuda afectiva que se dan mutuamente. Entonces la joven o el joven religioso se preguntan: ¿Para qué permanecer en la Vida Religiosa si puedo hacer la misma cosa y tal vez hasta mejor, saliendo y casándome? El enriquecimiento y aburguesamiento de tantas estructuras de la Vida Religiosa, con mil justificaciones de servicio, han producido la sensación de empequeñecimiento y no de ayuda al servicio apostólico. Las personas que entraron en vista de ese compromiso radical, no ven por qué continuar. Como laicos casados serían más auténticos. Lo mismo sucede con relación a la tarea educativa.

¿Cuántos laicos desempeñan el papel de educadores, aún en el campo religioso, de manera superior al religioso? Ya no se consigue ver ninguna diferencia entre esos laicos y los religiosos en lo que respecta a la actividad apostólica. ¿Entonces por qué ser religioso?

Hay casos aún más elocuentes. Algunos ex religiosos después de dejar la Vida Religiosa, desempeñan en obras apostólicas de su propia Congregación, un trabajo apostólico más explícito y eficiente que el que hacían antes y que el de muchos de sus ex colegas que están actualmente más absorbidos por tareas administrativas, económicas, sin irradiación pastoral. Los contrastes se vuelven chocantes: Laicos encargados de la formación religiosa de los alumnos y religiosos ocupados en administración de casas y fincas. El desestímulo a la perseverancia de religiosos idealistas es enorme, si entraron a la Vida Religiosa sólo por la perspectiva apostólica.

El término normal de la crisis es la salida. Así, aquellos que comprueban, al fin de cierta experiencia y reflexión, que podrían realizar el mismo o un mejor servicio apostólico fuera de la Vida Religiosa, terminan poco motivados y desisten.

El precio de la renuncia al matrimonio es demasiado grande para hacer un trabajo igual o peor apostólicamente. Tal vida Religiosa ya no parece justificarse.

Esta crisis ha sido fatal para muchos religiosos. Y las congregaciones que se habían estructurado en esa perspectiva sufren un agotamiento rápido e inevitable. Da la impresión de que sólo quedaron aquellos por razones psicológicas u otras de menor monta no quisieron arriesgar el cambio y prolongan un ritmo rutinario ya establecido, o también aquellos para quienes la razón de ser de la Vida Religiosa estaba más allá de la mediación de la actividad apostólica. Funciona más la ley de inercia que el impulso apostólico.

Este modelo ha sufrido también el conflicto inevitable entre las estructuras apostólicas creadas, algunas muy pesadas y de poca agilidad, y la natural creatividad apostólica de las nuevas generaciones.

Como el fundamento último de la Vida Religiosa en este momento es el apostolado, el peso de las estructuras apostólicas acaba por generar crisis y salidas, a veces en masa, de religiosos y religiosas. No se consigue detenerlos con argumentos de llamado a la paciencia, ni con invocación de autoridades que repiten discursos laudatorios de las obras tradicionales o de confianza en las estructuras por encima de la visibilidad de sus resultados, etc. Este tipo de argumentación refuerza el modelo de Vida Religiosa a partir únicamente de la eficiencia apostólica y revela así su vulnerabilidad profunda.

Evidentemente, hay religiosos que perseveran aunque ya no creen en la razón última de su entrada: la eficiencia apostólica. Pero continúan bajo el impacto censor del super ego, o de las presiones de los condicionamientos socio-culturales. Salir, significa desmoronarse completamente.

En este modelo, frecuentemente, la virginidad consagrada, cuando ya no está sostenida por el impulso apostólico, tiene que ser mantenida a base de ascesis y aún de represión. Se trata de una ascesis más cercana a la disciplina que al amor.

Algunas Congregaciones buscan soluciones coyunturales en una verdadera farándula de nuevas obras apostólicas. Viven cambiando las actividades. Y la novedad va manteniendo el entusiasmo. ¿Hasta cuándo? Así se ha visto cómo algunas que tenían colegios, salieron para Parroquias. Fue un entusiasmo. Y cuando se cansen de la inserción, ¿a dónde irán?

Otros encuentran solución en un conformismo escéptico. Ya es demasiado tarde para salir. Van llevándola, casi de manera fatalista. Pero sufren una angustia tal ante el constatado fracaso de una vocación que tuvo un día sentido y hoy carece de él.

Otros, sin embargo, permanecen porque la Vida Religiosa les ofrece una existencia cómoda, burguesa, mediocre. La comunidad no pasa de ser un “hotel de solterones” que ya no creen en la razón de ser de la vida que llevan o, en caso menos trágico, aceptan el pequeño bien apostólico que hacen, sabiendo que en otra parte podrían hacer mucho más, pero ya no tienen valor para tanto.

El problema fundamental no está en saber cuál fue la experiencia primera que nos llevó a la Vida Religiosa. Si fue la experiencia-base, tenemos ahí una garantía de la autenticidad de la Vida Religiosa, siempre que sea alimentada, cultivada. Si fue una razón apostólica la que nos llevó a la Vida Religiosa, tenemos que preguntarnos si nos detuvimos ahí. Si esa experiencia no evoluciona hacia la experiencia-base, las garantías de perseverancia y felicidad en la Vida Religiosa son pocas.

Por tanto, la conclusión más importante está en el sentido de que todos debemos procurar cultivar la experiencia-base, sea porque ya estuvo presente desde el comienzo, sea porque fue surgiendo a lo largo de la Vida Religiosa. El compromiso con el hermano, el entusiasmo apostólico, pueden ser mediaciones valiosas para descubrir la dimensión “fundante” del “Sólo Dios basta”. Este trabajo parece ser fundamental en el tiempo de la formación. Si no se cultiva la experiencia-base o si no se lleva al joven religioso a descubrirla en otras mediaciones que a primera vista lo atraían, estaremos preparando crisis futuras y deserciones.

Si una Congregación está especialmente centrada en las actividades pastorales, necesita referir sus reflexiones a la experiencia “fundante”, para después sacar de ahí luz, fuerza, entusiasmo para las actividades. Ésta sería la verdadera vuelta a la fuente original de la vida y del carisma. Sin ese retorno, toda actualización carece de seriedad y profundidad.

En el fondo, no hay dos modelos de Vida Religiosa. Hay uno solo, aquél que arranca de la experiencia-base. Pero hay dos maneras de llegar a tal experiencia: haberla hecho desde el comienzo o ir lentamente aproximándose a ella, a partir de las mediaciones apostólicas. No se pueden ver las mediaciones pastorales como si fuesen el último constitutivo de la Vida Religiosa sino como expresiones de la experiencia-base.

Como vivimos en un mundo secularizado donde ante todo se valoran las acciones, la eficacia, el trabajo, es normal que las vocaciones surjan a partir del interés por la actividad. Será fatal para ellas si se detienen en esa motivación. La formación deberá llevarlas al núcleo de la Vida Religiosa: disponibilidad radical a Dios en la entrega de sí desde dentro y envolviendo a profundidad la afectividad. Los ejercicios espirituales son, sin duda, excelente ayuda para descubrir esa experiencia espiritual en profundidad. Y el ritmo de oración la alimenta. Son recursos tradicionales que no caducarán. Cada día se muestran más necesarios, sobre todo para jóvenes en cuya infancia el elemento religioso no estuvo tan presente.

La existencia de la experiencia-base no es garantía exclusiva de perseverancia. Ante todo se tiene que probar, constatar, la autenticidad de tal experiencia. En términos espirituales, discernirla. Como toda experiencia humana, lleva consigo ciertamente elementos ambiguos, deficiencias psíquicas y otras impurezas. Sólo el trabajo, cultivo y purificación van profundizándola y dándole consistencia. Sin duda la opción por los pobres se presenta hoy como una de las mediaciones privilegiadas para profundizar esa experiencia-base.

“Sólo Dios basta” es la raíz. Las ramas pueden ser muchas y estarán vivas en la medida que participen de la savia que viene de la raíz. Una raíz que no crece y no se ramifica puede también morir. Por tanto, la riqueza de la Vida Religiosa está en mantener siempre clara su experiencia-base y articularla con las formas de servicio a los hermanos. De modo explícito, con la reflexión, el estudio y la oración.

II. VOLVER A JESÚS (José A. García, sj)

El Absoluto de Dios –experiencia fundante de la Vida Religiosa– pasa por la persona de Jesucristo. La Vida Religiosa es adhesión incondicional a la Persona viva y vivificante de Jesús; opción radical por Él, desde una previa llamada y don de gracia (=vocación) que capacita para responder.

El religioso afirma con el lenguaje de los hechos y de los gestos existenciales, que el Reino vale infinitamente más que los supremos valores de este mundo y que Dios merece ser buscado, adorado y amado por razón de sí mismo y no sólo por lo que esperamos recibir de Él. El religioso afirma –con el grito de su propia existencia– que Cristo vale más que la vida y que perderla por Él es ganarla definitivamente (cf., Mc 8,35). Se trata de una preferencia, no de un rechazo, de una elección y predilección, no de una renuncia o de un desprecio; de una adhesión cordial, no de un desprendimiento. El religioso no es un hombre decepcionado por el mundo, sino enamorado de Cristo, fascinado y seducido por Él. No desprecia nada, lo ama todo; pero no se deja subyugar ni sobornar por nada, como el mismo Cristo. Es encarnación del amor y de la verdadera libertad.

¿Por qué, pues, un gran número de religiosos y religiosas no se sienten realizados en su dimensión humana y, por lo tanto, realmente felices? La respuesta es insoslayable: por falta de verdadera autenticidad. Porque nos hemos apartado ostensiblemente del modelo original, que es Jesucristo en su modo histórico de vivir para Dios y para los hombres, en libertad absoluta y en donación total de amor. Hemos seguido otros modelos. Quizá a Jeremías o a Juan el Bautista, a los esenios o a las vestales romanas, a los monjes budistas o a los estoicos. Sé muy bien –y es de elemental justicia reconocerlo– que han existido religiosos y religiosas que han alcanzado una madurez humana y que han demostrado una riqueza afectiva muy notable. Pero no han sido bastantes para dar un tono de elegancia a la Vida Religiosa, capaz de superar su habitual tono de pesadumbre.

Con demasiada frecuencia, por desgracia, nos perdemos en multitud de pequeñas cosas, de elementos secundarios, de costumbres y de leyes a las que nos aferramos idolátricamente. Pretendemos objetivar en nuestras reglamentaciones todo el ideal y la utopía de la Vida Religiosa e incluso toda la voluntad de Dios. Nos envuelve mortecinamente el sudario de nuestras costumbres. ¿Nos sorprende aún que nuestra vida no sea capaz de suscitar entusiasmo?

No hago esta pregunta desde el resentimiento, sino desde el amor dolorido. Porque me duele en carne viva la Vida Religiosa. Y el verdadero amor, lejos de ser ciego e inconsciente, es lúcido, perspicaz y responsable. Y la verdad cruda es que, muchas veces, los religiosos y religiosas viven –vivimos– encerrados en nuestro pequeño círculo, mirándonos complacidamente o –lo que es más frecuente– atormentándonos con dolorosos exámenes y análisis de situación, en lugar de mirar hacia delante y hacia arriba, totalmente absorbidos por los intereses del Reino.

Es fácil y doloroso comprobar que, de ordinario, a medida que pasan los años, disminuye en la Vida Religiosa la ilusión, el entusiasmo, la alegría de vivir, el optimismo y la juventud de espíritu. Al ritmo mismo de la edad, se va perdiendo normalmente la vibración y elegancia, capacidad de asombro y disponibilidad, esperanza y coraje, audacia y generosidad. Y no es lógico que sea así, porque la Vida Religiosa es esencialmente carismática –el desarrollo armónico de un “carisma”– y el carisma verdadero se caracteriza por su vigor y espontaneidad permanentes, por su arranque y perpetua novedad.

El religioso que intenta vivir en fidelidad ascendente y progresiva –propia de una Alianza y de una Amistad–, melius in dies (= mejor cada día, como pide el Concilio: LG 46), no puede caer ni en la mediocridad, ni en la atonía. Sabe, por propia experiencia, la verdad de lo que dice San Pablo: “Mientras nuestro hombre exterior se va desmoronando, nuestro hombre interior se va rejuveneciendo de día en día” (2 Cor 4,16).

¿Cómo vencer y contrarrestar, por una parte, la desarmonización que existe en nuestra vida y cómo acelerar el proceso de humanización y de crecimiento en juventud de espíritu? ¿Cuál sería el medio y el remedio?

Volver decididamente a la Persona de Jesús. Centrar y concentrar en Jesús todas las energías. Encontrarse con Él, o mejor, dejarse encontrar por Él, ya que la iniciativa de este encuentro es suya y es Él quien se pone en camino hacia nosotros y suscita en nosotros el deseo de encontrarle. Pretender alcanzarle, desde la convicción de haber sido ya previamente alcanzados por Él, como le acaeció a San Pablo (cf. Flp 3,12). Hasta que Jesús sea, de verdad, corazón y alma, primer dato de conciencia, eje diamantino en torno al cual gire nuestra vida entera, núcleo vivo y centro ordenador de nuestra existencia: de nuestro ser y nuestro hacer. Se trata de descubrir –o de redescubrir– a Jesús como la personificación del Reino, del Amor, de la Libertad, de la Vida, de la Verdad, de la Felicidad. Creer en Él, sin otra garantía que Él mismo. Entregarse a Él sin reservas. Dejarse poseer por Él. Ponerse a su entera disposición. Acogerle en la propia vida como la suprema razón de vivir. Estar dispuestos a perderlo todo –incluso a perderse a sí mismo– por Él, con la seguridad de que ésta es, por otra parte, la única manera de ganarlo todo y de ganarse a sí mismo para siempre.

III. POR TI, SEÑOR, ESTOY AQUÍ (Santiago Martín: “El silencio de Dios”)

28 de junio

Anoche, tanto mis hermanos de comunidad como yo, oímos llegar un camión a nuestro poblado y detenerse junto a nuestra casa. Después, por la mañana, supimos que eran soldados. Hice como después supe que hicieron los demás: quedarme quieto y no manifestar el miedo que, de repente, me recorrió el cuerpo. En silencio y todavía acostado, pero dispuesto a levantarme de un brinco, permanecí a la escucha. Oí voces y al cabo de un rato el camión con los soldados se alejó.

Esta extraña visita nos ha servido a todos para situarnos de golpe ante la cruda realidad de las cosas. Porque la realidad no es sólo la del campo de refugiados, la de los cientos de huérfanos o la de que el HCR lleva semanas sin repartir víveres entre esta gente como si quisiera que todo explotara violentamente. Esa realidad se completa con el hecho de que estamos en guerra y, a veces, dentro de la rutina de socorrer la miseria, lo olvidamos. Estamos en guerra y junto a una frontera que es a la vez una línea de fuego y un volcán habitado por cientos de miles de víctimas de dicha guerra.

Ésta es la razón por la que la llegada de un camión de soldados a media noche a la puerta de tu casa te sitúa de golpe ante la realidad completa. Estamos en guerra. Somos un grupo de ingenuos metidos voluntariamente en el corazón del conflicto. De un golpe pueden suprimirnos sin inmutarse, pues para quienes han matado ya a decenas, acabar con nosotros no tiene la menor importancia.

Es inevitable sentir miedo en estas circunstancias. Mientras estaba en la cama escuchando lo que pasaba fuera y aun mucho tiempo después de que el camión se hubiera alejado, noté el sabor del miedo en la garganta. Como es lógico, mientras estaba allí, rígido y a la vez dispuesto a levantarme al menor signo de ataque, le repetía a Jesús, una y otra vez, ese “por ti” que aprendí a decir de la mano de Chiara Lubich. “Por ti, Señor, estoy aquí. Por ti estoy dispuesto a contraer una enfermedad. Por ti me agoto con un trabajo que no tiene ni fin ni pausa. Por ti acepto este frío como aceptaré el calor cuando venga. Por ti abrazo este miedo que tengo ahora. Por ti estoy dispuesto, siempre con la ayuda de tu gracia, a aceptar incluso la muerte. Por ti, Señor, todo por ti”.

No tenemos más arma que ésta para permanecer aquí sin salir corriendo. Quizá lo que han pretendido los soldados era, simplemente, darnos un susto, meternos el miedo en el cuerpo para que nos fuéramos. Están pasando cosas tan raras –lo de que no les den comida a los refugiados, por ejemplo– que somos testigos molestos de ellas. Pero sabemos que si nos vamos esta pobre gente se quedará sola y a merced del capricho de unos y de otros, con lo que es inconcebible lo que les puede llegar a ocurrir. Por eso tenemos que vencer el miedo a la muerte, sólo tenemos un recurso: repetirnos una y otra vez que estamos aquí por amor a un Dios que nos amó hasta dar la vida por nosotros. “Tú por mí, Señor, yo por ti”. Ésta es nuestra única arma y en ella encontramos la fortaleza que necesitamos.